

## PEDRO SANTANA

El estupor de la guerra invade las calles de la gran ciudad. Caras esquivas, edificios tristes y mudos, soledad. La gran ciudad pasa hambre; se carece hasta de lo más elemental. Puede que la derrota esté cerca y es la hora de las grandes resoluciones. Las sirenas retumban agudamente con su anuncio de muerte y destrucción.

Como no hay transportes urbanos tengo que hacer una hora de camino de un lado a otro de la ciudad, absorto en pensamientos nada agradables. No sé por qué calles voy; me ha sido asignada la misión de vigilar la producción de una fábrica. En ella un obrero ha muerto de hambre el día anterior, sobre su mismo banco de trabajo. Todavía veo su lívido rostro y sus ojos abiertos y sin vida.

En mi deambular paso junto a un solar utilizado para depósito de vehículos inservibles. Un hombre viejo está sentado en una piedra y, al pasar junto a él, me interpela con voz que tiene un inconfundible acento familiar, y dice:

—*Oiga, cristiano.*

Me detengo, sorprendido, y la voz repite:

—*Oiga, cristiano... ¿Tiene un cigarro?*

Es la ronca voz de un pescador canario, de aquellos que veíamos zarpar del puerto rumbo a la costa. Piel arrugada y reseca, áspera, de tantos años de ruda vida marinera; los ojos pequeños y claros relucen ansiosos en espera de mi contestación. Fumar un cigarrillo diario, partiéndolo en pequeños pedazos, y aprovechando hasta las colillas, es una suerte en tales momentos. Saco mi único cigarrillo y le doy la mitad. Digo:

—*Usted es canario*—. Y mi tono es terminante.

Pasan más días desesperantes. Llega la Navidad y termina el año. Sólo mis diálogos con Pedro Santana, pescador, natural del Puerto de la Luz de Las Palmas de Gran Canaria, tienen algún sentido, aunque no muy alentador.

Pedro tiene el peso de sus años y el desconcierto de hallarse fuera de su habitual ambiente. Sufre y continuamente exclama:

—*¡Ya no le sirvo a naide!*

Es inútil recordarle a su mujer y a sus hijos. Decirle que todo tiene que acabar y que pronto volverá a la isla amada y a sus aguas inquietas. Un día me pregunta por mi familia; y si recuerda que en el puerto hay el apellido Millares y hasta un teatro que lleva ese nombre. Cuando hablamos de la isla, me pregunto si alguna vez existió una tierra así. Si todo fue un sueño, incluso la visión de aquellos barcos que en lentas cabezadas salían o volvían de su penosa travesía a la costa. En alguno de ellos iría alguna vez Pedro; otro Pedro, joven y optimista. No este Pedro de la desesperanza. Un día le dije que tenía mujer a punto de darme un hijo.

Al día siguiente me llevó al interior del solar. Allí en un viejo y destartado camión había improvisado una especie de camarote. Se metió en él y a los pocos instantes salió; entre risueño y emocionado me ofreció un huevo... ¡Un reluciente y blanco huevo! y su frase fue:

—*Para su señora, que ahora necesita buenos alimentos.*

Y ante mis protestas, la frase de siempre:

—*¿Yo? ¡Ya no le sirvo a naide!*

Vino el derrumbe, la emigración y el destierro. Y veinte y cinco años después contemplé en las tranquilas aguas del Puerto de la Luz las mismas frágiles barcas de mi infancia. El mundo de Pedro Santana seguía allí y alguno de aquellos rudos pescadores, de piel reseca y áspera, curtida por los aires del mar, sería su hijo o su nieto. El recuerdo de Pedro, de su noble corazón y de su desesperado y triste «Ya no le sirvo a *naide*», sólo queda en mí como una amargura más...

JORGE HERNÁNDEZ MILLARES

México, Diciembre de 1964.